

RECORDANDO A D. JOSE MARIA IRAOLA

POR BONI

No me gusta referirme a cosas que desconozco y mucho menos ponerme a escribir sobre ellas como si las conociera, y hoy, sin embargo, me siento en la obligación de hacer algo parecido. A ningún renteriano se le oculta la necesidad de que en «OARSO» de este año se nombre y se hable del personaje que fue DON JOSE MARIA IRAOLA. Personaje he dicho, ya que aquí, en Rentería, lo fue y de categoría.

También he dicho que lo desconozco, pues su personalidad en la música, que fue sin duda vital para él, queda para mí a mucha distancia. No puedo hacer una apología de sus méritos, de su dedicación ni de su demostrada vocación. Posiblemente, la causa principal concurre en nuestra diferencia de edad. Lo desconozco, repito, porque los de nuestra generación era difícil que pudiéramos ver en él, sino al que en Rentería fue siempre DON JOSE MARIA.

Rara vez he oído nombrarle de otra manera. Es verdad que recuerdo de un médico que al hablar de él se refería a Joxe Mari, pero nunca tuve ocasión de comprobar si era así como se dirigía a nuestro «MAIXU». Porque esto fue en mi entender Iraola en Rentería: «EL MAIXU», aunque su batuta marcara los sonos a instrumentos, en lugar de a voces, como lo hacía Esnaola, para quien los donostiarra crearon el admirativo y cariñoso adjetivo.

Yo no sé de sus intimidades de juventud, no he sabido cómo fue el nacimiento de su afición, ni tampoco de lo que le supuso su aprendizaje, o de aquella su vocación de hacerse músico. De todo esto podrían hablar quienes le conocieron entonces, quienes convivieron en aquellas épocas con él. Pero sí sé que con usar de lugares comunes me sería suficiente para salir del paso. Me bastaría con decir que desde joven apuntaba grandes aptitudes, con relacionar los sobresalientes obtenidos durante su carrera y con terminar enumerando la relación de los premios que obtuvo durante su vida. Todo esto, aderezado con los correspondientes ditirambos de olor a incienso y un montón de adjetivos encomiásticos, hasta harían mover las glándulas lacrimógenas de alguno; pero esto, lo fácil y que no dice nada, ya lo he dicho antes, no me gusta.

Del DON JOSE MARIA que yo puedo hablar, es del afectuoso caballero con el que coincidía en el tranvía en mis tiempos de instituto, y que no dejaba de saludarme nunca desde que me conoció una vez, cuando yo era tiple del coro y él, por ayudar, tocaba el órgano en la parroquia. Del hombre al que con actitud reverencial veía comulgar en todas las misas en las que coincidíamos, eso sí, ocupando siempre alguno de los sitiales que para las ceremonias se reserva en la iglesia al Ayuntamiento.

Puedo recordarle con su andar lento y cansino —a mí siempre me pareció de viejo—, subiendo la cues-

ta del «topo», atildado en su vestir, calado con su «inquitable» sombrero de fieltro, y en su visaje siempre la sonrisa, la suya, la misma que todos le vimos, la que a fuerza de usarla en continuo saludo a éste o aquél, a cualquiera, es decir, a todos, marcó en su faz aquel aire apacible, aquel gesto complaciente con que no podemos menos de recordarle.

Y cuando los domingos, después de la misa mayor, aparecía su señorial porte, no menos señorial porque se le viera cargado de hombros y con la mirada en las losas del paseo, entrecruzando constantemente los dedos de las manos—generalmente enguantadas ya que usaba guantes casi siempre—, en un gesto peculiar en él, mientras con algunos amigos se dedicaba a medir una y otra vez todo el largo de la alameda, con andar pausado, grave y—cómo no si hasta en esto era músico!—acompañado; como eran seguramente los temas que se trataban en aquellas idas y venidas que no terminaban sino a la hora de comer. Una constante de aquellos paseos, fue la innumerable cantidad de saludos que DON JOSE MARIA intercambiaba con cuantos cruzaran. Conocía a todo Rentería y se lo demostraba a cada uno en particular. No obstante, creo, no era partidario de lo popular, entendido esto por bullicioso y multitudinario. Le gustaba charlar y además es que sabía charlar, pero entre pocos y sin necesidad de levantar la voz. Era partidario de la charla enjundiosa, fina, la que tiene sabor a tertulia de rebótica.

Estos aspectos de lo humano de Iraola sí los conocía desde tiempo, pues como casi todos los chiquillos de mi época, he estado presente muchas veces en los ensayos de la banda, cuando su academia estaba en el piso desvencijado de la vieja alhóndiga, en «las plazuelas». Seguramente, ningún crío de los de entonces ha dejado de hacer piruetas ni se ha librado de alguna caída desde la barandilla de hierro de aquella escalera exterior de la academia, bruñida por tanto roce de tanto mocososo.

Me queda de entonces el recuerdo de los esfuerzos que tenía que hacer aquel hombre, para hacerse oír entre el estruendo que armaban todos los instrumentos tocando a la vez en aquel cuartucho. Su voz me sonaba entonces como a carraca, nasal y sin modulaciones, impersonal. Al considerarla hoy, creo que era una voz de profesor, y profesor mandón, que sabe lo que está pidiendo al ordenar: «De nuevo, al compás 43, al 5 x 8»; orden que era acatada sin rechistar por los músicos.

A través de éstos, de sus músicos, es donde creo que mejor se puede encontrar la gran categoría y personalidad de DON JOSE MARIA. A ellos, a los que tuvo consigo en clases, conciertos, ensayos y lo demás, no recuerdo haberles oído decir nunca nada malo de él. Y esto, francamente, es muy difícil de conse-

guir por quien ocupe un puesto directivo durante tantos años, si no es él una gran persona en todos los aspectos.

No quiere esto decir que no supiese reñir, no; sabía hacerlo y en cada ensayo daba muestras de ello. Precisamente, los músicos han sido los únicos que han hablado de «su genio» y de «su mal genio». Corchea o fusa que se le escapase a alguien suponía un berrinche y una reconvención severa para el que falló; pero siempre al principio, en el calor de la interpretación, irritado su ánimo de artista porque por bemol o sostenido de más o de menos fallase lo que esperaba saliese perfecto. Luego—ocurría siempre—, él mismo encontraba los atenuantes que exculparan al que sopló a destiempo. El hombre que en la calle, ante la gente, daba la impresión de «no haber roto un plato en su vida», allá donde le correspondía actuar, o sea, donde desarrollaba lo que llenó su existencia, en la música y en su meticoloso bien hacer por la música, sacaba a relucir la pasión y la energía que llevaba consigo.

Fue un buen maestro, sin duda, y quizá fuera esta, la de profesor, la faceta más relevante y destacable de su vocación por la disciplina a que dedicó su vida. Supo hacer buenos músicos que luego se convirtieron a su vez en maestros que aseguraron la pervivencia de la academia hasta nuestros días. Y cuando en alguno de sus alumnos intuyó cualidades sobresalientes, se volcó realmente en su educación hasta llegar a contraer, casi, un parentesco espiritual, llevándolo «sin dejarlo de su mano», hasta verlo convertido en figura. Lo del parentesco lo digo porque conozco a algunos de estos alumnos que le llamaban y le consideraban de verdad su abuelo, y el que los hizo figuras es evidente. Todavía el mes pasado hemos visto actuar como solistas en televisión a dos de ellos, en sendos conciertos de auténtica responsabilidad y gran altura.

Iraola se hizo cargo de la banda de Rentería en

1918. Esto me lo tiene dicho mi padre, quien por aquellos tiempos debió colgar el bombardino que le confiara don Hipólito, y desde entonces *la banda* empezó a sonar. Primero armónicamente y luego, como consecuencia, en notoriedad y popularidad. Cada vez tuvo más músicos y mejor preparados, llegando a ser, esto se dijo entonces, la mejor agrupación de su género en la provincia. Pero al poco tuvo que sufrir, como todo lo demás, el colapso, la tragedia de aquellas vísperas de «Magdalenas» en que a los cohetes sustituyeron los «pac-cum...» y que terminaron por convertirse en lo que nosotros no sabemos llamar de otra forma que LA GUERRA. Dispersión, desmembramiento y años sin actividad posible. En Rentería representaban a la música los «cuatro viejos» que quedaron y que no daban abasto para desfiles y conmemoraciones.

Pero volvió la calma y también DON JOSE MARIA volvió a empezar. Con lo que le quedaba de antes y lo nuevo que fue formando, sin olvidar a los tiples de don Bautista—otro gran DON en la música renteriana—, que con el solfeo bien, pero que muy bien aprendido se iban pasando de la voz al instrumento cuando les llegaba «la muda», resurgió nuevamente *la banda* de Rentería. Y otra vez fue gracias al tesón y al empeño que puso en la obra el mismo hombre. El hombre con quien nuestro pueblo tiene y tendrá una deuda de gratitud, ya que a él le debe en gran parte el que aquí se sienta la necesidad de la música, de la buena música.

Todavía hace muy poco tiempo que en Igueldo, su pueblo, se celebraron sus funerales. Parece que se prepararon igual que su muerte. De repente.

Los que se enteraron fueron muy pocos, y así fue posible el que no estuviésemos allí todos los renterianos que le hubiésemos acompañado en su último desfile al frente de SU BANDA. Acaso fuera éste su deseo, el de no hacerse notar ni en este momento, abandonarnos sin armarios, sin causar molestia a nadie, «sin romper ningún plato».



Fotografía obtenida entre 1932 y 1935, cuando la banda de Rentería tuvo una de sus mejores épocas, tanto por el número de sus componentes como por la altura artística que alcanzó.